

Apenas pudo contener un grito de asombro.

Todo estaba perfectamente explicado; no podía quejarse, el milagro se había verificado, porque el día antes se cambiaron de sitio las imágenes y ante quien ella se había postrado de hinojos, era ante Santa Evelina, bonita y fresca, como una rosa recién abierta.

LA PAJARITA, LA PERLA

Y LA ROSA



VI

Dijo la pajarita:

—Yo no tengo perfumes.

A lo que respondió la perla.

—¡Ay! yo no canto.

Es mucho más cruel—interrumpió la rosa—no tener la dulce y melodiosa voz del pajarillo ni el brillo del Oriente que posee la perla.

Acertaba yo á pasar por aquel sitio y no pude menos que compartir

la inmensa melancolía que embargaba á la pajarita, la perla y la rosa.

—Es imposible reunirlo todo, queridas—las dije para consolarlas—á tí, pajarilla, pueden envidiarte por la hermosura y colores de tu plumaje; tú, perla; tienes todo el brillo y limpieza de una lágrima desprendida de los plateados rayos de la luna, y en cambio en tus pétalos, rosa del alma, pueden aspirarse todos los deliciosos perfumes que se exhalan de los carmíneos labios de una virgen pudorosa.

Hablando aun tiempo me respondieron la pajarita, la perla y la rosa.

—Ayer hubiéramos pensado como tú; cualquiera de las cualidades que nos has atribuído, bastaban para satisfacer nuestro orgullo, pero hoy,

hoy es muy diferente, y si no, escucha esta extraña aventura.

Ha pasado por junto á nosotras una joven hermosísima, y en ella sola, hemos visto reunidas todas las gracias y perfumes que nosotras poseemos separadamente. Figúrate si será amargo nuestro dolor ante la magnitud del desastre.

Medité un poco, y respondí conmovido.—Marión, ¡oh! la hermosísima Marión ha tenido el capricho de pasar por este sitio, pero alejad vuestra tristeza, que yo alcanzaré de ella, siendo su amigo, que jamás vuelva á humillaros con su presencia, puesto que es la única de todas las criaturas nacidas, que posee á la vez perfumes en su rostro, canto de ángel en su voz, y luz purísima en sus pupilas.

ENFADO VENCIDO



VII

La pequeña Marión había jurado no reirse. Estaba enfadada, formalmente enfadada. Era sumamente difícil, casi imposible hacer que aquellos menuditos labios de rosa se entreabrieran, dejando ver las dos hileras de perlas que adornaban su boquita.

Yo la conté los chistes más escabrosos de la última zarzuelilla, y aunque costándome mucho trabajo descender á tales medios, lo hice con verdadera elocuencia.

Ella seguía grave, muy grave, haciendo de vez en cuando un ligero movimiento de hombros.

Entonces la hablé al oído del último *Willette*, no sin acentuar la nota picante sobre el significado de la enigmática leyenda, y en vez de verla prorrumpir en alegre y sonora carcajada, la miré impasible, removiéndose con gran enojo en su asiento.

En mi obstinada persistencia, la conté una anécdota de *Regnard*, la recité un cuento de Armand Silvestre, la recordé, en fin, la fabulosa aventura de Titania, abanicando, con un abanico de musgo y rosas las enormes orejas de su amante que tiene cabeza de burro. Desdeñosamente hacía una mueca de profundo fastidio.

Empleé para desenojarla los me-

dios más originales, le afirmé que había visto paseando por el *boulevard*, á un jorobado que se arrojó bajo las enormes ruedas de un ómnibus, siendo tan dura la joroba, que las ruedas del coche habían saltado en mil pedazos; la dije, que su amiga Teresa había asistido á la primera representación de Chuny llevando un sombrero de gasa y pájaros, con unas alas tan descomunales, que cada vez que movía la cabeza, hacía cosquillas en la calva de un caballero que estaba sentado en la primera fila, viendo tranquilamente el espectáculo.

Nada, ni por esas, no se reía.

Comenzaba ya á impacientarme de veras.

¿Sería su enfado tan firme para resistir las más extravagantes palabras

que iban á estrellarse en un rostro impenetrable?

—A propósito, querida—la dije de repente—sabes que ya no te quiero.

A esta palabra una risa loca brotó de sus labios, tan fuerte que casi le hizo saltar los botones del corpiño, luego se sujetó las caderas no pudiendo resistir más y hubiese caído sobre la alfombra, á no haberla yo sostenido en mis brazos, aspirando con deleite el aliento de su boca y besando sobre sus labios frescos la alegría resucitada.

MEDIDA POR MEDIDA



VIII

Era antes del primer beso, es decir, antes del primer beso definitivo. A pesar de que sus labios se habían unido muchas veces, prodigándose ardientes y apasionadas caricias, nunca llegaron en sus expansiones amorosas á confundirse en una suprema y definitiva.

En aquella habitación, á donde agonizaban las rosas colocadas en elegantes jarrones de la China, por

la mano de Lise de Belvelise; en las más espantosas tinieblas, pues ella es muy pudorosa, se entrega á la agradable ocupación de deshacer su tocado, para ocupar un puesto en el lecho, junto al amante que impaciente la aguarda.

Valentín, arrebujaado entre las blanquísimas sábanas, siente escalofríos de placer, al escuchar sobre la alfombra los menuditos pasos de su adorada, que va y viene por el cuarto, produciendo ruidos de mariposa.

De pronto, siente sobre sus labios una cosa tibia y perfumada, haciendo sobre ellos agradable presión, y comprende que es la puntita del pie desnudo de su amiga que le acaricia; él besa con transporte aquel trozo de nieve y rosa, pero piensa, que hubiera

sido más natural que le hubiese acercado por primera vez las manos, las mejillas, ó el botón de su blanco pecho de jazmín.

La joven, adivina estos pensamientos de su amante, y con voz dulce y melodiosa, que parece salir de un nido de ruiseñores:

—¿No es lógico, querido mío, asegurarse antes de comprometerse hasta lo imposible, que entre los dos amantes deben existir mutuas concesiones, confidencias, aspiraciones, deseos, en una palabra, todo aquello que no puede existir más que entre dos seres unidos por los lazos insolubles del corazón?

Créeme que hubiera sido señal de desacuerdo en lo futuro, que la punta de mi pie no hubiera conte-

nido el bostezo próximo á escapar de vuestra amorosa boca.

—Es que la ha cerrado muy bien.

—¡Oh! sí, perfectamente— dice ella—y esto me encanta; y sin vacilar un momento, se metió en el lecho, oyéndose á poco el ruido de dos respiraciones agitadas, y aspirándose en las tinieblas el perfume de las rosas colocadas por las manos de Lise en elegantes jarrones de la China.

LA GRATITUD

IX

Con los negros y sedosos cabellos esparcidos sobre la almohada de encaje y raso, y el delicioso abandono de una muerta que conserva el calor, la amante Lise de Belvelise, está reclinada, ó mejor dicho, reposando de muchas y prolongadas caricias.

Ella se encuentra sumida en una de esas agradables languideces que siguen siempre al amor.

Dormida ó no, Valentín la habla con vehemencia.

—Para merecer—dice—tus tiernas miradas y tus apasionados besos, hice traerte las más elegantes alhajas de todos los joyeros de París, las modistas más afamadas tienen orden de venir á preguntarte todas las mañanas si quieres añadir algún nuevo traje á los infinitos que posees.

Cuando delante de tus amigas abres los estuches, en los cuales brilla rica predrería, exclaman deslumbradas y celosas.—¿Has cogido con lazo, las estrellas de una noche de agosto?

Pero no me he limitado á estos medianos presentes; quisiste también tener un amante célebre por su valor, yo me procuré veinte desafíos terribles, encarnizados, y entre la multitud de juguetes que adornan tu to-

cador, figura una panoplia, formada con los ensangrentados sables que he traído de los combates.

Te dió el capricho de que fuese célebre por mi talento, y publiqué infinidad de versos que son seguramente mejores por la grandeza de su ritmo y lo original de las imágenes que los más sublimes poemas conocidos hasta ahora. Pero esto es poco, mi pobre, mi anciana madre abandonada en nuestra antigua casa de la Bretaña, por que tú no me permitistes abandonar á París, mi esposa gime también bajo el peso de mi desvío á los dos años de matrimonio, y hasta ignoro el nombre de mis tiernos hijos.

Pero todo esto son pequeñeces, tonterías, sacrificios que cualquiera

haría, sólo por besar tus perfumados cabellos.

Una cosa me ha sido muy difícil; ser, según tu deseo, el más hermoso y elegante de los hombres.

En fin, se puede decir, alma mía, que ninguno de tus caprichos te ha sido negado por mi ternura y eres en todo obedecida por el más apasionado de tus esclavos.

Pero ¡ah! que no fueron infructuosos estos esfuerzos míos, tú me amas, lo sé, me amas, encanto de mi alma, me adoras.

Te veo abandonarte deliciosamente entre mis brazos, y apoyar con ternura tus labios sobre los míos.

El nombre de Valentín es el único que hace latir tu hermoso y fiel corazón; en tu generosa gratitud, prefieres

á todos, el amante que ha sabido merecerte por medio de regalos y sacrificios, que alegrarían el orgullo de la diosa más exigente.

Así hablaba Valentín en su loca alegría de amar y ser amado, y Lise de Belvelise, dormida, con los ojos ocultos entre sus abundantes cabellos, volvióse un poco hacia su amante y entreabriendo los labios balbuceó.—¡Raoul!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

30539

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

ENTRE VECINOS



X

El joven se inclinó sobre la barandilla del balcón próximo, porque en él había visto una muchacha preciosa.

—¡Vecina!

—¿Qué queréis vecino?

—Que flor tan bonita tiene usted.

—¿Una flor bonita? ¿Cuál? tengo tantas y tan hermosas... geráneos, jacintos, tulipanes...

—No, si no es de esas de las que hablo.

—¿Pues de cuál, vecino?

—De vuestra boca, ¿puede cogerse?

—Y, ¿cómo?

—Con un beso.

—Probad—respondió ella.

El joven saltó la barandilla de su balcón, se agarró á un postigo, extiende las piernas, se inclina, salta en el cuarto y abrazando á la joven la arrastra hacia la alcoba tapizada de raso malva y coge con sus ardientes labios la flor que tanto desea.

—¡Ay! ¡ay!—exclama la niña—me hacéis daño.

—Pero vecina, ¿no me habéis prometido...?

—Sin duda, pero...

—¿Pero qué?

—Pero—dijo ella dulcemente—yo creo que se puede coger una flor sin romper el tiesto.

EL UNICO NOMBRE



XI

Ella me preguntó sonriendo.

Si yo no me llamase Marión, ¿qué nombre os gustaría que tuviese? ¿Cuál me dariáis?

—Uno solo os conviene; el vuestro—dijo él—porque llevándolo tú es el más hermoso de todos.

—¡Qué madrigal más soso, Dios mío!—respondió la niña, con enojo—os estoy hablando formalmente querido.

—Vamos—prosiguió—suponed

que no sabéis cómo me llamo: ¿cómo os arreglaríais para elegir un nombre digno de mí y que al propio tiempo os agradase?

—Puesto que lo deseais oídlo— dijo él—de cada una de las palabras que designan las seis cosas más bellas del mundo, tomaría una letra, y combinadas formaría vuestro nombre.

—¿Y cuáles son esas seis cosas bellas? amigo mío.

—Contad con vuestros dedos. La mar.

—¿Por qué?

—Porque es tan misteriosa y tan dulcemente traidora como la mirada de esos divinos ojos.

—¿Y después?

—La aurora.

—¿Por qué?

—Porque es tan rosada y tan húmeda como la sonrisa de vuestros labios.

—¿Y luego?

—La rosa.

—¿Por qué?

—Porque es vuestra misma boca.

—¿Y después?

—El mes de abril.

—¿Por qué?

—Por que es casi tan perfumado como la finísima batista que acaricia vuestro seno, vuestros brazos y vuestro talle.

—¿Luego..?

—El pájaro.

Porque se esfuerza en imitar aunque inútilmente con sus trinos y gorgoros la dulzura tierna ó alegre de vuestra voz de ángel.

—¿Y por último?

—La nieve.

Porque es blanca como esas divinas espaldas y esos pechitos de ambrosía.

—¡Qué adulator estáis! Pero en fin, vamos á ver, ¿de cada una de esas palabras tomaríais..?

—Una letra. M de la mar, A de la aurora, R de rosa, I del mes de abril, O del pájaro y N de la nieve.

La joven soltó una carcajada.

—Pero—dijo—si no me equivoco, con esas letras formariais mi mismo nombre.

—No, no os equivocáis, porque vuestro nombre adorado, es el único digno de que vos lo llevéis y si no preguntádselo á la mar, la aurora, las rosas, los pájaros y la nieve.

NOCHE DE TEMPESTAD



XII

Aquella noche, á pesar del ruido del viento que fuertemente golpeaba las paredes, hacía rechinar las velas y gemía en los corredores, mi amiga dormía profundamente; yo velaba junto á ella.

Yo no dormía, porque pensaba sumido en la más terrible desesperación en sus mentiras y traiciones. Me levanté aprovechando su sueño, tomé del pecho de mi querida aquel corazón que me había vendido, y lo

coloqué sobre la chimenea en un vaso de porcelana de la China.

Luego, arranqué de aquella hermosa frente el pensamiento, aquel pensamiento que había huído de mí, y lo puse también en una taza del Japón tan frágil y delicada que la hubiera roto seguramente el vuelo de un pájaro al rozarla con el ala. Por último, de sus labios de rosa, cojí los impuros besos, las falsas caricias con que me había alucinado, y las introduje en un jarrón de cristal de Bohemia, tan poco resistente que podía romperse simplemente con el ligero choque del dedo de un niño.

En seguida abrí la ventana y el huracán se precipitó en la habitación asolando, rompiendo, destrozándolo todo, y llevándose lejos, muy lejos, el

vaso, la taza, el jarrón que todo lo contenían. Yo al verlos volar, lancé una sonora carcajada, ya nada le quedaba á aquella infame con que poder desesperarme.

De repente despertó, abrió sus negros y hermosísimos ojos y volvió hacia mí unas miradas (yo me había olvidado quitárselas), tan puras, tan sentimentales, tan deliciosamente amorosas, que loco, desesperado, salté por la ventana, y corrí tras las ráfagas nocturnas, para que me devolvieran su infame corazón, su inconstante pensamiento, sus impuros besos y sus falsas caricias.